

Ven a este tribunal y llora

Cómo acaba el Holocausto

LINDA KINSTLER

Traducción de Magdalena Palmer

gatopardo ensayo 

Título original: *Come to This Court and Cry: How the Holocaust Ends*

Copyright © 2022 Linda Kinstler

Derechos de traducción cedidos por Georgina Capel Associates Limited

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Magdalena Palmer, 2024

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2024

Rambla de Catalunya, 131, 1.º- 1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero, 2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Herberts Cukurs junto al avión en el que voló de Riga a Tokio en 1937 © KEYSTONE-FRANCE/Gamma-Rapho

Imagen de la solapa: © Pete Kiehart

Imagen de la página 61: 213-12 Staatsanwaltschaft Landgericht – Nationalsozialistische Gewalverbrechen (NSG), Nr. 0044 Band 015

© Staatsarchiv Hamburg

Imágenes de las páginas 43 y 103: © Linda Kinstler

Imagen de la página 111: © Archivo Nacional de Brasil

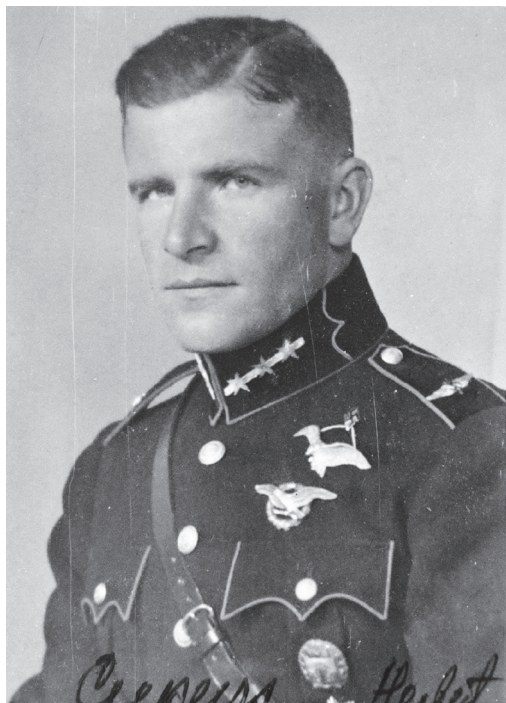
ISBN: 978-84-127403-2-5

Depósito legal: B21684-2023

Impresión: Liberdúplex S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Herberts Cukurs posa con su uniforme de capitán de la Fuerza Aérea de Letonia (1934).



En una ocasión, en un momento de inexcusable curiosidad, me tomé la molestia de buscar «Riga» en la Enciclopedia Británica. Esta fuente de información actual la describe como un próspero puerto del mar Báltico desde donde se exportan a Inglaterra productos agrícolas, principalmente avena. Obviamente se trataba de una edición antigua de la Enciclopedia. En esta época, los rumores superan con creces a la avena.

THE DRIFTER, revista *Nation*, 25 de enero de 1928¹

1933



1945



----- LÍNEA DEL FRENTE EN DICIEMBRE DE 1941

————— LÍNEA DEL FRENTE EN NOVIEMBRE DE 1942



NOTA DE LA AUTORA

Este libro transcurre en gran parte en Letonia, una nación que ha conocido numerosas lenguas y gobernantes extranjeros. Desde el siglo XIII, alemanes, polacos, suecos y rusos se la han adjudicado en diferentes momentos de su historia. La nación moderna de Letonia nació el 18 de noviembre de 1918, cuando declaró su independencia del dominio imperial ruso. Disfrutó de veintidós años de tumultuosa soberanía hasta el verano de 1940, cuando fue ocupada por la Unión Soviética y se convirtió en la República Socialista Soviética de Letonia. Desde 1941 hasta 1944 Letonia estuvo bajo control alemán y sus gobernantes la denominaron provincia de Ostland. En 1944 volvió al dominio soviético y siguió siendo una república socialista soviética hasta la caída de la Unión Soviética en 1991.

La historia del presente libro surge de las perturbaciones provocadas por estas sucesivas ocupaciones y sus secuelas. También refleja la rica y variada cultura lingüística del país: he hecho todo lo posible por conservar las grafías tal y como se presentan en los textos originales de las fuentes primarias y secundarias. Por ello, quizá el lector advierta discrepancias en la ortografía de varios nombres propios. Muchas de estas discrepancias se deben a las reglas gramaticales de la lengua letona, donde casi todos los nombres masculinos terminan en «s», mientras que los femeninos suelen hacerlo en «e» o «a».

Herbert, por ejemplo, se convierte en Herberts en letón; Viktor se convierte en Viktors. En letón, mi apellido no es Kinstler, sino Kinstlere.

No obstante, esta es también una historia global que investiga la búsqueda de criminales de guerra y supervivientes del Holocausto a través de varios continentes. Ha constituido un esfuerzo frenético y plurilingüe: la correspondencia emitida en alemán se respondía a veces en yidis; los testigos que declararon en ruso fueron traducidos posteriormente al letón, al alemán, al inglés, al hebreo y al portugués. En la medida de lo posible, me he mantenido fiel a las gráficas que he encontrado en los archivos, con la esperanza de que así se enriquezca la prosa y sirva a los futuros investigadores que se aventuren por este camino.

PRÓLOGO
LA NOVELA

Es marzo de 1965. Dos hombres se encuentran frente a frente en un cementerio de Riga. Están allí en misión oficial, su encuentro es apresurado y clandestino. En otro lugar de la ciudad se celebran los veinticinco años de gobierno soviético.¹ Llevaban todo el año conmemorando el aniversario, aunque en realidad este era una especie de ficción. Contar veinticinco años de gobierno soviético significaba omitir estratégicamente los tres años de ocupación nazi entre 1941 y 1944, tres años en los que la sangre corrió por las calles de Riga como una lluvia de verano.²

El hombre que plantea la pregunta se identifica como «Boris Karlovics». Le pregunta a su colega por qué ha sido necesario matar y descuartizar al objetivo; el plan era traerlo con vida a Riga. Se suponía que era un secuestro, no un asesinato. Su colega vacila y le entrega a Boris un paquete. «Es lo que ha pasado —dice—. Boris Karlovics, por favor, entienda que no estaba planeado..., un miembro del grupo se excedió.»

Boris regresa a su piso y reflexiona sobre su mala suerte. Su trabajo consistía en asegurarse de que la misión se desarrollara sin incidentes, la misión más importante de sus déca-

das de carrera en el KGB, la coronación de toda una vida de evasión, falsedades y engaños. Ahora no ve la forma de salir del «torbellino de revanchismo» donde está atrapado. Dentro del paquete encuentra recortes de prensa que informan de un asesinato en Montevideo. Un sobre aparte contiene fotografías de la escena del crimen: un baúl manchado de sangre con un cadáver desfigurado y encogido en su interior. «¿Es posible que sea Herberts Cukurs?», piensa. Herberts Cukurs, un hombre que antes parecía inmenso, un aviador pionero conocido como el «Lindbergh letón», más famoso y más querido que el último primer ministro del país. Boris había conocido a Cukurs en la guerra. Ambos pertenecían al Kommando Arājs, una de las brigadas de exterminio más brutales que existieron durante el dominio nazi, compuesto exclusivamente por voluntarios locales. Boris se había integrado en la unidad como un agente doble que transmitía a Moscú las acciones de la brigada. Se había ganado la confianza de Cukurs y sus colegas, y luego, uno por uno, los había traicionado.

Llaman a la puerta. Al otro lado, un general del KGB, el jefe de Boris, aguarda con una botella de vodka en la mano. Los dos hombres revisan juntos las fotografías de la escena del crimen, hablan de por qué ha fallado la operación. Su jefe le había pedido que se encargase de la misión, que aportara las pruebas necesarias para incriminar a Cukurs y traerlo de vuelta a Riga. Boris había falsificado testimonios y tergiversado los relatos de los supervivientes judíos. Había alterado los registros de los interrogatorios del Kommando Arājs para subrayar la crueldad de Cukurs, presentándolo como alguien que gozaba sacrificando despiadadamente vidas humanas. Había enviado agentes soviéticos a Sudamérica para vigilar a su objetivo. Y aun así había fracasado.

Boris deja al general solo un momento para ir al cuarto de baño. No puede librarse de la sospecha de que el cuerpo que aparece en las fotografías no es realmente Cukurs. Algo en la

misión se ha torcido. Pero es demasiado tarde. En la mesa, el general ha sacado su pistola. Cuando Boris salga, todo habrá terminado.

*

Si esto parece el argumento de una novela de espías barata, es porque lo es. La novela de espías es un género seductor que ofrece una atractiva liberación de los misterios, la ambigüedad y las incógnitas. «Para el espía, ninguna elección es casual; todo es deliberado», escribe el especialista en literatura Nicholas Dames. Las novelas de espías responden a un deseo básico de claridad y conservación, a la seguridad de que, en algún lugar, ahí fuera, un pequeño ejército de agentes posee no solo la verdad, sino que también nos protege noblemente de ella. Ofrecen una escapatoria de las innumerables incertidumbres del pasado, del presente y del futuro. Nos aseguran que los errores y las difíciles decisiones de la historia se cometieron al servicio del *statu quo*. Dames sostiene que el género de la novela de espías representa un «nacionalismo pesimista y destructivo», el tipo de nacionalismo que opera al servicio de ideales desaparecidos: «Los espías son leales al viejo mundo —cualquiera que sea ese viejo mundo en el que creemos— cuando es evidente que el viejo mundo está en declive». ³ La función más importante de la novela de espías es, quizá, proporcionarnos una trama discernible y reconfortante. En sus páginas, los lectores pueden entregarse momentáneamente a la creencia de que, por muchos giros que dé el relato o por muchas muertes y desapariciones que se produzcan, al final todo tendrá una explicación.

Descubrí esta novela en concreto mientras curioseaba en una librería del casco antiguo de Riga en 2016. La novela estaba en el expositor de novedades. Se llamaba *Jūs Nekad Viņu Nenogalināsiet*, es decir, *Nunca lo mataréis*. ⁴

Le pregunté a la librera si era un título popular, y me dijo que sí, por supuesto. ¿Por qué si no iba a estar ahí arriba en la pared? Lo abrí y allí, en la primera página del primer capítulo, encontré el nombre y el patronímico de mi difunto y desaparecido abuelo: Boris Karlovics.

Resulta difícil describir la sensación de desorientación que me produjo este hallazgo. Encontrar parientes muertos y apellidos familiares en álbumes de fotos, cementerios, cartas, recuerdos, documentos, tal vez incluso en textos históricos, es previsible; pero las novelas son algo distinto. No fue exactamente vértigo lo que sentí al ver su nombre, sino cierta inestabilidad, una sensación de estar en dos lugares al mismo tiempo. Fue como encontrarse con un anacronismo en carne y hueso, una especie de emboscada. La escritora Maria Tumarkin describe el pasado como un «torbellino», algo que no puede confinarse en «pequeños recintos zoológicos», que «no podemos visitar como si de una anciana tía se tratara». Una vez que se apodera de ti, no te suelta. «Al menos en ciertos lugares, es como la marca de un criminal grabada a fuego en la piel de tu familia»,⁵ escribe Tumarkin.

De niña me habían dicho que mi abuelo paterno desapareció después de la Segunda Guerra Mundial, y hasta hace muy poco me bastaba con esa explicación. Millones de personas desaparecieron en el transcurso de aquella terrible década y siempre había pensado en él como uno más, un hombre enterrado anónimamente en una fosa, un ciudadano muerto de un país muerto, como tantos otros. No se le mencionaba en las conversaciones familiares ni había fotografías suyas a la vista. Solo más tarde supe que había una buena razón para aquel silencio: Boris había sido, en efecto, miembro de la misma brigada de asesinos a la que había pertenecido Cukurs, el Kommando Arājs. Después de la guerra se había convertido en agente del KGB y luego había desaparecido. Mi padre había dedicado gran parte de su vida a averiguar lo que realmente

le había ocurrido a su propio padre, en vano. Un día me llamó angustiado. No avanzaba, los archivos no ofrecían respuestas. Delegó la búsqueda en mí: «Eres periodista, ¿por qué no lo averiguas tú?», me dijo.

Le respondí que lo intentaría, aunque no estaba segura de querer hacerlo. Mis padres y mi hermana mayor habían emigrado de la Letonia soviética en 1988, y mis padres se habían divorciado unos años después de llegar a Estados Unidos. Crecí en el círculo de judíos soviéticos de mi madre y pasé años en la escuela diurna judía, donde todos los días empezábamos con el himno nacional estadounidense, seguido del israelí. El único abuelo que tenía presente era el padre de mi madre, Misha, un hombre que casi perdió un pie luchando con el ejército soviético y que bailó durante toda su vejez. La ausencia de la otra rama de la familia no me preocupaba; en realidad, ni siquiera pensaba en eso.

Todo cambió en 2016, cuando siendo estudiante de posgrado en la Universidad de Cambridge encontré una serie de curiosos titulares antiguos en los periódicos letones. Me había propuesto familiarizarme con el entorno de la vida que mi familia había abandonado. Me dije que era una investigación académica: convertí su pasado soviético en un objeto de intriga universitaria. Y así acabé leyendo un artículo de 2011 en uno de los principales medios de comunicación letones, *Delfi*, donde se afirmaba que la Fiscalía General de Letonia estaba investigando si un hombre llamado Herberts Cukurs, ya fallecido, había participado «en el asesinato de judíos». ⁶ Algunos recuerdan a Cukurs como el «carnicero» o el «verdugo» de Riga, aunque ninguno de estos apelativos es del todo correcto. Tiene el ignominioso honor de ser el único nazi oficialmente asesinado por el Mosad, la agencia de inteligencia israelí. El mismo agente que orquestó la logística del secuestro de Adolf Eichmann en 1960 volvió a Sudamérica cinco años después con una nueva misión: celebrar un consejo

de guerra, matar a Cukurs y dejar que la policía encontrara su cadáver putrefacto.

Esa primavera escribí a la Fiscalía General de Letonia para solicitar más información sobre el caso. Leí los informes de los periódicos e intenté reconstruir la historia: ¿cómo podía un muerto ser objeto de una investigación penal? ¿Por qué el secretario de prensa había dicho en un artículo que era imposible «confirmar o negar» su participación en el Holocausto? ¿Sobre qué base legal se estaba llevando a cabo la investigación y adónde podría conducir? Mi curiosidad por los detalles legales actuaba como una especie de tapadera: me preguntaba constantemente si el nombre de mi abuelo acabaría apareciendo en los archivos.

Recibí una respuesta detallada del fiscal que estaba a cargo del caso: este seguía abierto, no se había emitido ninguna resolución. En un largo y denso párrafo, me enumeró los posibles resultados jurídicos del caso. Se trataba de una maraña de cláusulas condicionales, una avalancha de «si» y «podría». Su oficina había buscado pruebas en todo el mundo y había solicitado documentos a todas las naciones relevantes: Rusia, Israel, Brasil, Uruguay, Alemania, Reino Unido. Se tomaría una decisión y teóricamente, explicaba la carta, se celebraría un juicio. Un juicio sobre las fechorías y la memoria de un hombre muerto. Un fantasma en el banquillo de los acusados.

La explicación del fiscal iba acompañada de una posdata en cursiva: *«El apellido “Kinstler” de la persona que solicita esta información tiene cierta relevancia en el caso de Herberts Cukurs. La razón es que Boris Kinstler, uno de los flamantes miembros del denominado Kommando Arājs del que Herberts Cukurs formaba parte, tenía el mismo apellido (así como otros alias, y estaba íntimamente relacionado con el mismo Arājs de este comando). ¿Es posible que no se trate de una coincidencia?»*.⁸

Si él supiera... Le escribí confirmando sus sospechas sobre cuál era mi relación con Kinstler y le pedí que me mantu-

viera informada de cualquier novedad. El secretario de prensa respondió con una pregunta y una recomendación del fiscal. La pregunta era: ¿tenía yo algún documento familiar que pudiera estar relacionado con el caso? ¿Algún documento oficial de cuando Boris había servido en la guerra? Les dije la verdad: no teníamos nada. La recomendación era más enigmática: recientemente se había publicado en Riga una novela titulada *Nunca lo mataréis*. El libro «se presentaba como una obra literaria, no documental», explicaba el fiscal, pero contenía una gran cantidad de información sobre mi abuelo y Cukurs, así como de los vínculos entre sus dos historias. Me sugirió que leyera la novela y me pusiera en contacto con el autor para recabar más información.

Muy pronto inicié mi propia investigación. Compré los libros, leí las teorías de la conspiración. Cada mentira contiene una pizca de verdad, me recordaba. Cada mentira es indicativa de un deseo. Comencé a familiarizarme con los protagonistas de la vida de mi abuelo. Lo que empezó como una historia familiar se convirtió pronto en un viaje de investigación a través de los archivos de diez naciones en tres continentes.

Indagar en el pasado es someter la memoria de los antepasados a una suerte de juicio. En esta ocasión, el juicio vino a mí, o al menos el espectro de un juicio. Me descubrí siguiendo los pasos del fiscal, rastreando los orígenes y la evolución de este inesperado caso. Averigüé todo cuanto pude sobre Cukurs, el protagonista de la investigación penal. Tuvo una muerte espectacular, fue el objetivo de un asesinato destinado a ampliar los límites de la ley, y su cadáver putrefacto fue abandonado en un lugar llamado Shangrilá.

*

Este libro no es una novela de espías. Aunque los espías, los agentes de seguridad y sus círculos participan del relato, este

libro no explica las lagunas de la historia, sino que, por el contrario, profundiza en la gran incógnita. He intentado asomarme al abismo del pasado y extraer de él todo lo posible para entender cómo las historias que nos contamos sobre nosotros, sobre nuestras familias y nuestras naciones, se transmiten, se conservan y se alteran a lo largo del proceso.

El subtítulo —*Cómo acaba el Holocausto*— no es una predicción ni mucho menos una propuesta. Es una advertencia. Las historias que constituyen el núcleo de esta obra son los testimonios de los supervivientes judíos y sus descendientes, personas a las que se les pide una y otra vez que repitan lo que han visto y vivido, cuyos recuerdos y cuyo legado se cuestionan constantemente. Seguir la investigación del fiscal me obligó a enfrentarme al frágil testimonio de los supervivientes en el siglo XXI, a observar la facilidad con la que se nos puede —y se consigue— desestimar y desautorizar. El erudito Marc Nichanian documentó este fenómeno hace tiempo en su obra sobre el genocidio armenio. «El genocidio no es un hecho, porque es la propia destrucción del hecho, de la noción de hecho, de la facticidad del hecho», escribió en 2006.⁹ El genocidio no es únicamente el asesinato de un pueblo o nación. La voluntad genocida destruye las pruebas de los crímenes mientras los comete. Se «apodera de los testimonios en el mismo momento en que se pronuncian», escribe Nichanian.¹⁰ Refuta el testimonio, silencia a los testigos. Hace años advirtió de este problema imposible, pero quizá, al igual que dejamos de oír las voces de los supervivientes, nadie escuchaba con suficiente atención.

Lo que sigue es una exploración de cómo la memoria del Holocausto se extiende al presente y actúa sobre él, y qué significa guardar y honrar esa memoria en este nuevo e incierto siglo. Es una historia que muestra que todas las naciones tienen su propia historia de complicidad y victimismo, de ocupación y terror. Es a la vez una genealogía jurídica y una ge-

neología familiar, un esfuerzo por rastrear las raíces del derecho en la escritura de la historia. Recorro los fracasos, las victorias y los silencios jurídicos junto a los de mis parientes y sus vecinos y amigos, vivos y muertos.

Si la memoria es un *milieu de rencontre*, un lugar de encuentro —como sostiene la erudita francesa Marie-Claire Lavabre—, también lo es la librería, y también lo es la sala del tribunal.¹¹ En la memoria, en la literatura y en el derecho encontramos multitud de historias, relatos desconocidos y a menudo controvertidos del pasado. Estas historias —estas herencias, en realidad— llevan aparejadas una serie de exigencias. Recibir las es también heredar un conjunto de obligaciones y dilemas: ¿cuánto hay que conservar? ¿Cuánto hay que exponer? ¿Cuánto hay que omitir, ocultar? ¿Cuánto hay que reclamar? Empecé a estudiar todas estas cuestiones solo para descubrir que ya las estaba viviendo. En el camino, el hecho de recordar pasó de ser un mandato a una pregunta enmarañada y complejísima.

El verbo *zajar* —recordar, en hebreo— aparece en la Biblia al menos ciento sesenta y nueve veces. «El verbo se complementa con su anverso: olvidar», escribió el erudito judío Yosef Yerushalmi. «Así como a Israel se le exige que recuerde, también se le exhorta a no olvidar.» En su estudio canónico sobre el vínculo entre la historia y las escrituras judías, Yerushalmi investiga el funcionamiento de la memoria a lo largo de siglos de tradición religiosa. Pero cuando en 1987 llegó el momento de escribir el epílogo del volumen, se preguntó si había enfocado mal la cuestión de la memoria. Poco antes de empezar a escribir, un amigo le había enviado un recorte de prensa de *Le Monde* donde se preguntaba a los lectores franceses si Klaus Barbie, el carnicero de Lyon, debía ser juzgado. «De las dos palabras siguientes, *olvido* o *justicia*, ¿cuál es la que mejor refleja su actitud ante los acontecimientos de este periodo de la guerra y la Ocupación?», preguntaba el pe-

riódico. A Yerushalmi le sorprendió la formulación de la pregunta por parte de *Le Monde*. «¿Es posible que los periodistas hayan dado con algo más importante de lo que tal vez pensaban? ¿Es posible que el antónimo de “olvido” no sea “recuerdo”, sino *justicia*?»¹²

Este libro es una investigación sobre esa posibilidad. Sigo una serie de acontecimientos improbables y a veces fantásticos para explorar lo que significa «justicia». Para ello es necesario tener en cuenta algo que Yerushalmi no menciona: que la palabra hebrea *zajar* tiene la misma raíz que la palabra *zecher*: perforar, pinchar. Matar.¹³